

LITERALES

Director: **Fernando Rodríguez** • Coordinador editorial: **Carmelo Chillida** • Diagramación: **Cristina Toro**

Los caminos del duelo

✎ HÉCTOR CONCARI

Lo primero a saludar es el redoble de la audacia. En el 2007, *Postales de Leningrado* (del mismo dúo creativo Ugás-Rondón) era, por mucho, la película más apasionante del cine venezolano de la década pasada con sus juegos visuales que intervenían la imagen, la (re)creación de un mundo hecho de fragilidades, miedos y recuerdos, para regar la construcción inteligente de una trama que apelaba a un espectador activo. En este caso, el núcleo de la trama implica lidiar con una herida abierta: el deslave de Vargas. Una precaución inicial es que, en el imaginario colectivo -lo cual equivale a decir en la religión laica bolivariana-, en Venezuela la naturaleza ha sido si no un actor político al menos una nota al pie de página incómoda que va desde el apócrifo "Si la naturaleza se nos opone..." hasta el fatídico 15 de diciembre de 1999, que abrió con una tragedia, una nueva era signada por fracturas y desencuentros sociales. Y un nuevo siglo, de paso.

Vargas es un drama aún no digerido por la Venezuela contemporánea, no sólo por la incapacidad gerencial de reconstruir la planta física, sino porque opera, imaginariamente, como un relato aún inconcluso, una metáfora de furia histórica no asimilable por una sociedad que se creía a salvo, a la vez, de la naturaleza y de pasados y vecindades políticas autoritarias. *El chico que miente* se asienta en este punto de partida (y eso de por sí ya es un paso mayor; una mentada de sogas donde la precaución lo desaconseja). Porque es un "road movie", esa forma (no en vano ruptural y sesentaria) que eligió el cine para rendir el tránsito de un estado de ánimo a otro de personajes que, invariablemente, vagaban por un contexto cultural cambiante y desconocido. El niño del título ha sobrevivido al deslave y pasea por un territorio devastado buscando a su madre, pero en el camino, debe explicar su pasado y su historia. Ahora bien, el pasado, se sabe, está lejos de ser una roca inmutable, es más una amiba deformada por el paisaje diario, un caleidoscopio que varía según la inclinación y la luz del caso. Y es por ahí que la película esquiva el aparente naturalismo que el contexto propone. Si el paisaje no puede ser más concre-

to (combinando mar, con entornos verdes, con parajes desolados y ruinas) el relato que a partir de los retazos del deslave -ya lejano en el tiempo- se va armando es esquivo, contradictorio, mentiroso, según la deliberada simplificación del título. Porque de lo que se trata es precisamente de lo opuesto, de buscar una verdad a partir de datos muy concretos, o, mejor aún, de pretender construirla aunque en ese proceso los relatos se entrecrucen, se confundan o choquen entre ellos. Y lo hagan además integrando en la imagen un relato igualmente naturalista, pero ficticio, que va progresando en paralelo a la búsqueda del protagonista.

Probablemente lo que interesa menos es la progresión de los relatos o la veracidad o no de los mismos. Más bien el tema, recortado por las versiones que de un mismo hecho el niño cuenta, es el de la supervivencia y, mejor aún, el de cómo reconstruir la vida, como narrarla, una vez que esa vida, lleva en sí una pérdida esencial. Por eso el film, con su carga de tristeza y de miedos, es más la elaboración de un duelo, ejemplificado en el paisaje que no ahorra los restos del deslave, pero tampoco la belleza del mar; o un verde encoquecedor. El viaje (no olvidemos que es un "road movie") es un cuento de caminos, sí, pero antes que eso es una búsqueda de la identidad propia, para recuperar la historia también propia y escapar del cerco de Vargas y derramarse hacia el país mismo.

Hay un último plano de una belleza insólita: el protagonista camina, con esfuerzo sobre una imposible y gigante duna de arena mientras al fondo se recorta el litoral. En esa inverosimilitud del paisaje se adivina la dificultad de reconstruir un espacio propio, la falta de unidad entre la historia personal, (pero también y con ella la historia a secas, ese relato necesario después de un deslave), con la geografía reconocible. En suma, la película es el relato que el protagonista no termina de contarse, más allá de su empeño y de un encuentro tan fugaz como equívoco. Un relato necesario de un país desencantado con su historia, tan herido como Vargas, con la misma voluntad de supervivencia. Un film esencial.



ARCHIVO